

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en as librerías.)

Por un mes... 4 reales.
 Por tres id. 11 »
 Por un año. 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
 Por seis id. 23 »
 Por un año. 50 »
 EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
 ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

ALMANAQUE DE GIL BLAS

PARA 1871.

Se publicará muy en breve. Gratis á los suscritores.—4 rs. á los demás.

Crónica.

Cargue el demonio con todos los injustos enemigos del duque de Aosta, si no parece que los republicanos de todos los paises están estudiando con el mismo Satanás; ¡oh! y si conforme son pocos y mal avenidos fuesen por desgracia disciplinados y numerosos, ya nos habia caído que hacer á nosotros los amigos del orden y de las venerandas instituciones.

¿Pues á quiénes que no hubieran sido esos repugnantes *sans-culottes*, sin respeto divino ni humano, sin conciencia del deber y sin temor de Dios, habria ocurrido derrotar á los que un emperador no pudo vencer?

Sí, señor, esto ha sucedido—por difícil que sea creerlo.—Yo, lo digo francamente, no daba crédito á la noticia; pero cuando la he visto confirmada por el mismísimo rey de Prusia, no he podido ménos de aceptarla, escandalizándome como es consiguiente. No; por fortuna la victoria no ha sido de tal importancia que pueda compensar los funestos resultados de Sedan, ó de Saarbruck y de Gravelotte; pero ha sido una victoria al fin, y yo sé perfectamente que la etiqueta cortesana y las consideraciones al señor debidas no permiten que el súbdito logre mayor gloria que el soberano.

A mí—¿por qué he de negarlo?—me ha producido un efecto diabólico eso de que, rendido Napoleon, el magnánimo Napoleon; humillado Ulrich; preso Bazaine; vencidos todos los generales que componian el brillante estado mayor de Bonaparte, salgan ahora cuatro descamisados, entre los que habrá alguno, vaya si le habrá, que ni una vez haya saludado al emperador, consiguiendo lo que generales insignes no habian podido conseguir, recuperando plazas que entendidos extratéuticos habian perdido. Eso no está bien, y yo creo que los republicanos franceses volverán en sí, y, desechando su alucinacion momentánea, comprenderán que no es lícito al humilde vasallo intentar lo que su natural señor no ha conseguido, si ya no es que, en nombre de ese mismo amo y para restablecerle en el trono, pelean: como hicieron á principios de siglo nuestros preclaros ascendientes, que si obtuvieron victorias, si alcanzaron que Dios bendijera sus armas, no lo debieron seguramente á sus merecimientos, ni á la pujanza de su brazo, ni á la inquebrantable energia de su corazon, sino al patrocinio é intercesion de María Santísima, y al nombre, nunca bien ponderado, del nobilísimo, del egregio hijo de María Luisa.

¡Qué diferencia entre unos y otros tiempos! Poco más hace de medio siglo que nuestros padres peleaban al grito de «Viva el rey Fernando!»

En su nombre se alcanzaron victorias como la de Bailén; con la esperanza de colocar al rey deseado en el trono se realizaron hazañas como las de Zaragoza y Gerona, y si unos cuantos ambiciosos de baja estofa, escoria y vergüenza de la católica y monárquica sociedad española, fueron osados á promulgar allá en Cádiz un Código impío, una Constitucion plagada de herejías, copia servil de los disolventes principios nacidos en la revolucion francesa, pronto el recto y religioso sentido de los españoles rechazó esas ideas anárquicas y restableció el poder real en toda su pristina pureza.

No fueron estériles los sacrificios de nuestros mayores; el dichoso reinado de Fernando VII, la regencia gloriosa de María Cristina, la maternal dominacion de Isabel II fueron el premio concedido por la Providencia—justa siempre—á tan heroica abnegacion y á tan indomable patriotismo.

Hoy, por el contrario, relajados todos los lazos, perdida toda consideracion, olvidada toda idea de respeto, reünense, como el domingo sucedió—pongo por caso—media docena de revoltosos en el Circo de Price; vociferan, maldicen de todo lo existente, amenazan á los poderes constituidos, dan gritos de guerra y de exterminio, y hasta niegan ¡horrible negacion! las excelencias del duque de Aosta.

Porque todo eso hay: sí, señor. Vds. acaso lo ignoren, como la mayor parte de Madrid lo ignora, pues la cosa careció de importancia; pero el domingo se reunieron en el Circo de Price unos cuantos hombres de horribles cataduras y semblantes torvos. Allí, con ese cinismo de los criminales familiarizados con el delito, declararon no sé cuántas cosas, y dijeron no sé cuántas otras, que yo no repito porque solo el recordarlas pone mis cabellos de punta.

«Carabinas y cartuchos,» decia uno; «Sangre,» exclamaba otro: «A las armas,» se oia por aquí; «Guerra á muerte,» se oia por allí, y hasta—si no estoy equivocado—se habló de envenenamientos, de asesinatos, de incestos y de extrangulaciones: aquello fué horrible. Aun lo recuerdo como si estuviera viéndolo: un orador se desembozó en un momento de entusiasmo, y presentando á los espantados ojos de aquella concurrencia un cráneo que oculto llevaba, *brindó con sangre* por la pronta muerte de todos los diputados de la nacion: otro hubo que propuso incendiar el palacio de las Cortes: alguien habló en secreto de una mina practicada bajo ese edificio, y que podria servir para volarle, con las casas adyacentes, en un momento dado.

Los más templados propusieron para evitar el deramamiento de sangre enterrar vivos á todos los ministros, y con ellos al presidente de la Asamblea; no faltó quien intentara probar la ventaja de comérselos vivos, incluyendo entre ellos al Sr. Coronel y Ortiz, por la mayor solemnidad que su presentacion en la mesa podria dar al acto.

Y nada digo de las corruptoras doctrinas que allí se predicaron; el repartimiento de bienes, el secuestro organizado, la devastacion, la ruina y hasta la liber-

tad de cultos, todo se defendió allí por una caterva de malhechóres que no llegaba á tres docenas.

Compréndese bien el pánico que esa actitud produciria en algunos ciudadanos pacíficos que, sin saber lo que hacian, habian penetrado en la mansion del crimen.

Por fortuna, en estos momentos, nuestros representantes ponen término glorioso y fin último á tanto desórden y á intranquilidad tan funesta. Acaso cuando este número llegue á manos del lector curioso se habrá operado un cambio radical en los asuntos del país: pocas horas há éramos una nacion sin constituir, un pueblo sin cabeza; en este instante formamos ya una monarquía con todos los requisitos indispensables; somos un pueblo con monarca, un rebaño con pastor, una ganadería con amo.

Con harta razon y justicia sobrada lo reza el Catecismo del padre Ripalda: «Bienaventurados los mansos.»

Sí, aprendamos de una vez lo que por tanto tiempo hemos ignorado; las naciones, como los individuos, solo consiguen la suprema ventura cuando logran desembarazarse por completo de esos estorbos que se llaman dignidad, honra y decoro, palabras vacias de sentido y que maldito si sirven para algo que no sea mortificarse inútilmente. Con que lo dicho, dicho, y... ¡Viva el rey Amadeo!

A. Sanchez Perez.

¡PROVEEDOR DE S. M.!

Hé aquí uno de los aspectos de lo bello ideal.

¡Ser proveedor de S. M.!

¡Ah, dírame á mí la buena suerte haber nacido en una humilde aldea, con su ermita y su imágen milagrosa contra aires corruptos y horas menguadas, y al cabo de unos años de ausencia participar á mis paisanos que me habian nombrado proveedor de S. M.!

¡Oh, qué deleite!

—Mire Vd. (dirian las matronas), salió de aquí sin una peseta, que aun me parece que le estoy viendo, chiquitillo y encogido, amaratadas de sabañones las manos, y cuando le creíamos perdido, cátele Vd. nada ménos que proveedor de S. M.

Y el dómine, infatuado y atribuyéndose la mayor parte de mi gloria, añadiría en tono doctoral:

—En mi interior, siempre auguré un gran porvenir á aquel chico. La demasiada concentracion de ideas no le dejaba aprender nada...

—Es verdad que parecia bruto.

—Sí, á los brutos; pero yo no me engaé. Cuando salió del pueblo tenia solo diez años; pero más fuerte en el silabeo no habia otro en la comarca.

¡Y mis discípulos! ¡Y mis compañeros de pedreas! ¡Y mis primas!

¡Cómo me propondrian por modelo á la rústica adolescencia! ¡Cómo se darian tono y se harian valer y respetar diciendo á cada paso:

—Es que... cuidado; que tenemos en Madrid una persona que es proveedor de S. M., y si le echamos una carta diciéndole la picardía que se nos hace,

aquí no ha de mandar ni capitán general, ni carabineros, ni Audiencia.

¡Oh bien perdido! ¡Ser un bruto, ser además proveedor de S. M., saber de cierto el efecto que mi posición social había de hacer en el pueblo!

¡Oh malogrados días de mi vida! ¡Penosas vigiliadas sacrificadas al afán de vanidades sin cuento! Las letras, la vanidad, los sistemas, la independencia menesterosa... ¡Pensar años enteros en Calderón, en Washington; soñar siempre y no despertar nunca esa alma mía aletargada, cuando mil veces me embestian los ojos aquellos pomposos rótulos que en grandes letras doradas decían: ¡Proveedor de S. M.!

Yo tenía la elección libre. Podía dedicarme al ramo de pescados, á la perfumería, á los granos, á las verduras, á la quincalla fina, á la guantería, á los tejidos... ¡Ahora lo veo y con harto dolor lo lloro! Que lágrimas, y no caudales, y tardíos arrepentimientos son mi lote.

¡Pero qué cartas recibiría yo de mis paisanos pidiéndome amparo contra el gobernador de la provincia, que comparado conmigo sería un don nadie, muerto de hambre en Madrid, y que se había cubierto el riñón solo con esquilmar á la gente de mi aldea! ¡Qué cartas! ¡Si me parece que las estoy leyendo!

¡Oh necio de mí!

¡A vosotros, patriotas que habeis escondido en vuestras casas á los actuales ministros cuando conspiraban contra la monarquía! ¡A vosotros, los que en la emigración les pedíais ó prestábais dinero! ¡A vosotros también, los que un día pasásteis un gran susto porque se os prendió creyendo que llevábais partes á los revolucionarios; á vosotros todos los que entrásteis furtivamente á dar el sacrosanto grito de ¡viva lo que saliere! á vosotros y á vuestros análogos me dirijo: ¡no dejes escapar la ocasión que se os presenta de ser en breve proveedores de S. M.!

Es una posición social deliciosa. El proveedor de S. M. sabe que es envidiado de todos sus colegas.

El proveedor... ¡manos puercas! El proveedor... ¡qué cuenta en los días de servicio extraordinario! El proveedor... ¡Oh, yo preveo ya desde ahora las caras risueñas que voy á contemplar en toda tienda donde diga el rótulo: «Proveedor de S. M.»

A estas horas, qué de sueños están turbando ya el ardiente deseo de alcanzar posición tan honorífica y lucrativa.

Algunos disgustos va á haber entre amigos puestos en reñida competencia sobre quién será el proveedor.

Algun grande hombre perderá el afecto de tal ó cual patriota que hoy le admira y ensalza, y dentro de poco dirá de él:

—Es un ingrato. La única cosa que le pedí en la vida, siéndole muy fácil, no quiso hacerla. Y eso que yo solo pretendía ser

¡Proveedor de S. M.!

Estoy temiendo que algun nuevo liberal desairado se va á hacer republicano rojo mientras no le nombren proveedor de S. M.

Y también podría ser que alguno que hoy se llama más republicano que yo y pida una cabeza todos los días, se amanse y entre en razón si le nombran proveedor de S. M.: que en todas partes cuecen habas, y no es González Brabo el único demagogo que ha mandado para convertirse en orden.

Ea, ánimo, patriotas, monárquico-democráticos. La ocasión es excelente, el porvenir convida; la nueva era se va acercando á pasos agigantados; si no basta una recomendación, dos; si no bastan dos, tres. El comandante del batallón, un socio de la Tertulia, el casero, el diputado de la tierra, el que va á casa de aquella señora, el que un día os pidió la lumbré: todo el mundo debe recomendaros, empujaros, levantaros al alto puesto. Yo os lo deseo, ya que culpa mía fué no saber alcanzarlo. Conseguílo. Yo deploraré mi error, pero me consideraré menos desgraciado si os dignais confiarme las sensaciones de vuestro corazón.

Roberto Robert.

PRESENTIMIENTOS.

El general gobernador de Málaga presidente el rey, la diputación de Albacete ha presentado sus bellas cualidades, y yo presento la *bienandanza* que va á proporcionarnos.

¡Todos presentimos!

Yo empaqueto mi ropa disponiéndome á viajar tan espontáneamente como se ha entusiasmado el país.

La diputación de Albacete presintió el gozo de 30.000 electores, y habló en nombre de ellos.

Y el gobernador militar de Málaga ha presentado unos enemigos y ha dictado contra ellos una orden que... me río yo.

Y la verdad es que si una monarquía ha de consolidarse, necesario es que los presentimientos funestos del pueblo la precedan.

Duéleme en el alma que habiendo tomado la pluma para elogiar la orden expedida por la *sargenta* de la plaza de Málaga, me vea obligado, contra mi primer propósito, después de haberlo maduramente reflexionado, á declarar que me encuentro en desacuerdo, completamente en desacuerdo con el Sr. Buceta.

Si el Sr. Buceta hubiera dicho: «Supuesto que viene el rey, habrá tranquilidad.» ó «Una vez que va á establecerse la república, se alterará el orden.» habríame yo apresurado á prestar mi débil apoyo á esta sabia, prudente y justificada aseveración.

Pero ¿tomar precauciones cuando una dinastía extranjera asoma las narices? ¿Dotar con cien tiros de bala y cien de metralla cada pieza, ahora que se habla de rey? ¿Recomendar el exterminio del enemigo que presiente el señor general gobernador, cuando se habla de Aosta? Esto no lo hace, esto no puede hacerlo con buena intención un monárquico sincero, si no es ya que ha perdido por completo el juicio: si bien para mí tengo que no es muy ortodoxo el monarquismo de ese Sr. Buceta, y que algo y aun algunos tiene de republicano y demagogo.

Supongamos que el país, juicioso como debe serlo, pidiera rey, colocándose los españoles al nivel de las ranas de la fábula; supongamos que se encontrara un monarca bueno (y es cuanto puede suponerse humanamente); pues bien, lo primero que debía hacer todo buen realista era celebrar, no ya únicamente las altas dotes y recomendables circunstancias del amo, si que también los gozos y las felicidades que á manera de benéfica y copiosa lluvia del cielo iban á caer sobre nosotros.

Pero viene un ministro y decreta el entusiasmo espontáneo, como si fuera preciso decretarlo; viene un diputado y escribe cartas pidiendo adhesiones, como si ellas no vinieran por sí solas y sin excitaciones de nadie; llega un gobernador y toma disposiciones contra los que, olvidando todo miramiento y toda buena crianza, no quieren victorear al rey, y al dar á entender los unos que los monárquicos no se adhieren sino á viva fuerza, y al presentir el otro que el rey acarreará disgustos, trastornos é insurrecciones, faltan en primer lugar á la exactitud de los hechos que están probando lo contrario, y faltan sobre todo á su deber de monárquicos bien enseñados. Pues si no, ¿qué diferencia hay entre ellos y los desalmados republicanos? Ellos dicen: «El rey es una calamidad; ¡viva el rey!» Y los temibles descamisados dicen: «¡Abajo el rey, supuesto que es una calamidad!»

Esto es lo que se llama entenderse las gentes, y por eso lamento la ceguera y la inexperiencia de estos noveles cortesanos, que ni aun para este oficio fácil y provechoso tienen aptitud.

Por lo demás, si bien se mira, no habrá quien niegue que todos estamos en nuestro derecho. ¿Quién conoce al duque de Aosta? ¿Nadie? Pues de ahí parte el derecho de todos.

¿Quién ha visto á Dios? Nadie; pero, sin embargo, unos le presienten bueno y sabio, otros vengativo y temeron, y aun se asegura de algunos que de ningún modo le presienten.

Pues eso justamente sucede con el rey. Nadie le conocia; el gobierno—es decir, la nación,—se ha gastado unos cuartos reproduciéndole fotográficamente; le ha remitido á todos los diputados, á todas las autoridades y á los cuerpos del ejército, y el que no ha podido haber retrato del rey, recibió el de su esposa. Lo mismo da para el caso.

Unos han dicho:—¿Cómo se parece á Necedad!—Otros:—¿Qué masa encefálica!—Algunos:—¿Caracoles! ¡Qué guapa!—Y todos, todos han presentado en él esto, ó lo otro, y aquello, y lo de más allá.

Yo mismo le vi en manos de uno de esos que venden por los cafés fotografías escandalosas, y dije: ¿A ver? ¿Quién es este?—Olózaga, señorito.—¿Y este?—Sagasta.—¿Y este?—Leotard.—¿Y este otro?—Ese es el rey, señorito.—¿Qué rey?—El que va á venir.—¿Dónde?—Aquí.—¿A qué?—¿Qué sé yo? ¡Vamos! ¿Le quiere Vd.?—¿Quién? ¿Yo? ¡Ca, hombre, ca! etc., etc.

Recuerdo ahora que hablé á Vds. de presentimientos.

Pues bien, yo tuve un presentimiento, como le ha tenido el gobernador militar de Málaga y como le ha tenido la diputación de Albacete.

Presiento, exclamé, que... pero ¿estamos seguros? No, no—por si las cosas van mal dadas—no quiero privar á mis lectores del placer inefable de la sorpresa.

CORZUELO.

EL 16 DE NOVIEMBRE.

ODA.

(Falsificación de Manzoni.)

¡Cuajó! Cual gallinácea que empieza á poner huevos,

ó como niño cándido con zapatitos nuevos, así se esponja en júbilo la grey ministerial.

Al contempiar el último viable candidato, juzga haber puesto ¡crédula! el cascabel al gato, y entre deliquios y éxtasis toca la marcha real.

Vi al régio catecúmeno en Turin y en Florencia; le vi á caballo, en ómnibus, á pié y en diligencia, y ni empuñé la cítara, ni dije tú ni más.

Virgen de panegirico (como ha escrito un vate), hoy alzo mi voz trémula, y mal cimbrío me mate si no disparo un cántico más duro que un obús.

Del Rastro á las Pirámides, del Rhin hasta el Lozoya, desde la casa-rústica hasta la de Saboya, buscó don Juan un príncipe... y lo pescó por fin.

¿Fué pez ó rana? Díganlo nuestros Constituyentes; vosotros, mansos súbditos, carneros inconscientes, besad la bota olímpica que calza don Juan Prim.

La voluntad intrépida que no se pára en barras, la abnegación patriótica del que se pone en jarras y dice á Europa atónita «¿me das un rey ó no?»

Tuvo don Juan; impávido recibe en su camino calabazas homéricas, repulsas por lo fino; tres veces surcó el piélagó, tres veces naufragó.

No hay que temer: más vástagos le quedan en reserva; que Prim es un político que ve crecer la yerba y anhela echar la cúpula á la interinidad.

Por fin cayó Teófilo (1). ¡Venid, venid, hispanos! Aplauda, pueblo estúpido, con boca, piés y manos; mira que este es un príncipe de carne, de verdad.

Como al cuidado naufrago que con las ondas brega, y tras lucha titánica á ver la playa llega, y contra el duro sílice se rompe el esternón;

Así la raza ibérica cumple su sino eterno: ¡cuántas veces, cuál Diógenes, buscando un buen gobierno, halló solo políticos ingertos en melón!

¡Cuántas veces, idólatra del militar prestigio, de santones estólidos, del himno y gorro frigio, vió en sus sueños un mágico rosado porvenir!

Vió los varones ínclitos, los partidos decentes, los ministros patrióticos, los hombres consecuentes, los funcionarios íntegros que no hay más que pedir.

¡Ay! ¡Celestiales músicas, sueños de fantasía fueron no más!... ¡Alégrate, querida patria mía, que en cambio un rey exótico te viene á dar *mulé!*

Ea, apresta los pífanos, guitarras, violones, las panderas y crócalos, y á falta de pendones coge un par de demócratas y grita ¡viva el ré!

(1) Equivalente griego de Amadeo.



GIL BLAS esperando el momento solemne para dar la enhorabuena con el instrumento que tiene preparado.

Bella, inmortal, benéfica
batalla de Alcolea,
hé aquí los frutos ópimos
de la feral pelea
que ensangrentó las márgenes
de río... no sé cuál.

Tristes viudas y huérfanos
de tan pesada broma,
basta de luto y lágrimas;
reid, cantad; ¡ya asoma!
ya llega el rey *in-partibus*
de Cimbría occidental!

JUAN LANAS.

¡GUARDA, PABLO!

¡Ojo, que prenden gente!

No hay valiente que se atreva á dejarse prender, así, de bóbilis, y nadie tiene obligación de ser más héroe que otros.

Y toda vez que hasta los reyes escapan cuando pueden, y escapan cuando pueden hasta los Sumos Pontífices disfrazados de cocheros, ningun mal papel hará el simple ciudadano que en ocasiones dadas llama á talones procurando escabullir el bulto, que puede serles útil en más de una conyuntura.

Cerrar el pico y poner cara de bobo es determinación muy sana en estos momentos para no perder la libertad; publicar una carta de adhesión á lo que ocurra, es buen antecedente para solicitar mañana un destínillo, y entusiasmarse sucesivamente por cuantos candidatos régios se vayan proponiendo, constituye á la persona en autoridad para tratar como faccioso al *sursum corda*.

¡Ah, si yo fuese capaz de entusiasmo todavía!

Pero los años y los excesos han gastado mi corazón, que, con dolor lo digo, es una garapiña en materia de cosas régias.

Me entusiasmé cuando niño por la inmortal Cristina; me entusiasmé por la inocente Isabel; me entusiasmé por el invicto regente; me entusiasmé por la guerra de Africa y hasta por la anexión de Santo Domingo, y mis nervios han dado tanto de sí, que parecen ya gomas de botitos viejos.

Si no fuera por eso... ¡vaya si me entusiasmara!

¿Qué me habia de importar á mí no conocer prenda alguna del candidato? ¿Por ventura conocia yo á Isabel II cuando la hacia versos, llamándola primero ángel tutelar y despues Isabel la bondadosa?

Esta es la ventaja, esta la bienaventuranza de los monárquicos, que no necesitan conocer el objeto de su entusiasmo para llegar de un solo querer al paroxismo.

Yo me callaré y no diré esta patria es mia, porque no puedo pasar por otro punto; pero todos los que no se hallen en mi caso, por amor á su seguridad y por evitar un disgusto á su familia, deben entusiasmarse antes con antes y andar de palique por el barrio, y publicar una carta ó un comunicado lleno de calor itálico y hacerse la cama, como suele decirse; que el Saladero es frio y de ingrata habitacion, y el sol de Madrid es muy bello, y su calorcito es media vida, y las fiestas que se preparan valen la pena de ser vistas.

Yo no sé por qué no ha de entusiasmarme esa gran muchedumbre de españoles á quienes lo mismo les importa una cosa que otra. ¿Pues hay estado más propicio para el entusiasmo que no tener compromiso con idea alguna?

Y mientras, que no conociendo al rey, es fácil y natural hacer como D. Quijote con su Dulcinea; que la atribuia todas las cualidades buenas y se entusiasmaba con ellas achacándolas á su amada.

Y qué, ¿no seria vergonzoso y de todo punto falso que se dijera que en España no habia habido más que un Quijote?

El que necesite estímulos los puede hallar fácilmente.

Reuna todas las bellas dotes de Carlos IV, Fernando VII, Isabel II y forme con ellas un sér régio, que

allá, en su idea, podrá idolatrar como á su futuro soberano.

¡De cuántas amarguras no se verian libres los que, rechazando toda pereza de amor, se entreguen al júbilo con que nos brinda la patria restaurada!

Y en cambio, ¡qué de pesares aguardan al infeliz que en dos años de interinidad se ha acostumbrado á considerarse igual á todos los españoles, fuera de peligro de tiranías, emancipado de toda presión dinástica y próximo á la vida anárquica de los pueblos de Norte-América!

¡Oh, yo quiero hacer un supremo esfuerzo! Quiero aturdirme, excitarme, aunque tenga que ponerme sinapismos de orden.

No quiero tener cara de desafecto, de poco adicto, de tibio. Es menester que se vea en mí un español apasionado de los reyes; que haya en mi casa cuadros de reyes; dedicaré un libro al rey; diré, por supuesto, pestes de los republicanos; vocearé por todas partes que todavía no estamos preparados para ser libres... ¿qué sé yo lo que haré?

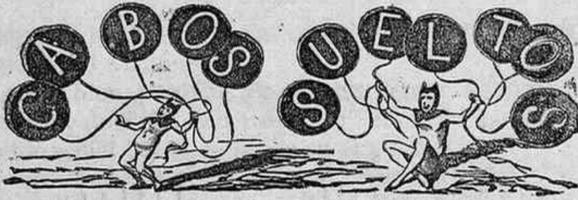
¡Oh! Pero sé de cierto que si algun dia los autores de la revolucion de setiembre quieren volver á cambiar de dinastía, no lo irán á vocear en las reuniones públicas, sino que se lo dirán bajito unos á otros procurando ponerse en salvo, y que si á alguno cogen antes de dar el golpe, será una desgracia; pero no porque se hayan echado á dormir al alcance de las garras de un sayon.

Sigamos su ejemplo, guardemos el bulto. Cada pobre mortal no tiene más que una persona, y el dia que me fusilaran á mí morirían padre, hijo y espíritu santo en una pieza.

Nada; mientras hace uno la cantidad de entusiasmo suficiente para poderse presentar con decoro ante un público monárquico, permanezcamos achantaditos, como dicen por ahí; nada de alharacas, nada de amenazas que no dan pan ni quitan rey; más vale un duro que un sermón, y más hace un palo bien dado que cien avisos de palos.

¡Ojo, hermanos, guardemos el bulto!

Roberto Robert.



Me gustá mucho el tenor Peroti, que acaba de darse á luz en *La Favorita*.

Y cuando digo que me gusta no es porque yo crea que Peroti canta como Mário.

¡Ah! es verdad que no canta como Mário... pero tampoco Mário tiene la voz de Peroti.

Es una voz de las más puras. ¡Y en verdad que regocija oír esas hermosas notas, frescas y jóvenes, de una naturaleza privilegiada!

El arte vale mucho, sí señor, y Peroti tendrá mucho arte quizás cuando pierda parte de esa fácil y extensa voz... Hoy que no tiene tanto arte, ¡tiene tanta voz!... Un maestro, creo que Rossini, dijo que para cantar se necesitan tres cosas: 1.º voz; 2.º voz, y 3.º voz.

Héme, pues, de acuerdo con Rossini al entusiasmarme con el nuevo tenor.



Calendario piadoso:

Han entrado en la cárcel del juzgado de Infantes *el cura*, el alcalde, el juez de paz y el secretario de estos dos, por extensión de una cédula testamentaria, acompañada de la estrangulación de una mujer rica, que había de pasar por testadora.

Y esto en vísperas de elegir monarca: qué sería si se aproximase la república.

Y digo yo: pues señor, ¿qué cosas diría ese presbítero á sus penitentes en el confesionario?

¡Y pensar que el tal clérigo es un ministro de Dios! La Providencia será todo lo buena que Vds. quieran, pero confesemos que tiene mala mano para escoger ministros.



No diré yo que todo lo que se dijo en la reunion del Circo de Price merece mi aprobacion.

Pero lo que sí diré es que los oradores estuvieron en su derecho al manifestar sus opiniones.

El gobierno los prende por ello. ¡Derechos individuales, los que te entiendan que te compren!



Por una sucesion de reyes, nos prueba *La Iberia* que el duque de Aosta es español.

¡Y nosotros sin haberlo conocido!

Nada ménos que de Jaime el *Conquistador* desciende el buen D. Amadeo, segun *La Iberia*.

Qué poco sospechaba el rey de Aragon lo que le reservaban seis siglos más tarde.



Se ha publicado el cuaderno 25 de provincias de la *Historia de la guerra civil y Regencia de Espartero*, por D. Antonio Pirala, en el que se ocupa de los sucesos de Barcelona en julio de 1840 hasta los de octubre de 1841, que ofrecen grande enseñanza para ser por todos aprendidos y por ninguno olvidados.



Un dependiente del hospital de San Juan de Dios ha herido á un hombre en la calle del Amor de Dios. ¡Es mucho Dios!



¿Con que en Valladolid un presbítero que se había hecho protestante se ha des-resellado, volviendo al regazo de la única iglesia que en España cobra?

Y en Valladolid mismo un presbítero ha bautizado á un marrueco que se pasó á los católicos.

Y en Zaragoza ha muerto un sacerdote de resultas de una escaramuza que tuvo con otro de los suyos.

Y en Liria á un sacerdote le han matado de dos trabucazos.

Y á un capellan del regimiento de Granada le han dado de baja por no querer jurar la Constitucion.

Y en Cartagena dos clérigos sentenciados á presidio han solicitado decir misa, lo cual no se les ha podido conceder, porque su condena les priva del desempeño de todo cargo público.

Todo esto en cuatro dias.

Me parece bastante para primer capítulo de *Aventuras clericales*.



No ha llegado el rey aun; pero ya corre un run-ruun...



¡Carlos Rubio no tiene que comer!...
¡Y Carlos Rubio no se ha resellado nunca!
Ha sido laborioso, leal, constante, probo... ¡Qué bello estímulo para la juventud!
¡Mal rayo me parta si los federales no le han aconsejado para perderle!



—En 1871 voy á jugar un billete entero de la lotería extraordinaria por el cumpleaños del rey.

—¿Y Vd. cree que en 1871 habrá?...

—¿Lotería? Sí, señor.

—¡Aaaaah!



Para curar sus males
la patria mia,
derribó de un porrazo
la dinastía.
Con que, ¡so mándriasi!
no hay que asustarse de eso;
que eso no es nada.



Espartero no desea más que ver libre y dichosa á España.

Lo mismo deseaba Isabel II.

Y Maximiliano en Méjico.

Y Luis Felipe en Francia.

Y Torquemada en su tribunal.

Pues ¿y el otro?—Ya le oirán ustedes.



«La historia de los pueblos es la historia de las ingratitudes humanas.»

«Los pueblos quieren ser tiranos de los reyes y no se sacian de recibir beneficios del trono.»

«¡Ay de los reyes que creen en el canto engañoso de las populares sirenas, que no aspiran más que á adormecer á monarcas inexpertos!»

«El orgullo satánico de los pueblos les excita nada ménos que á declararse sagrados é inviolables.»

«Hay pueblo que por codicia de libertad sería capaz de sacrificar hasta una dinastía tradicional.»

Tengo deseos de leer estos anteriores pensamientos al rey que venga.

¿Quién sabe si me nombraría caballero de algo?



Una lista de veintiseis periódicos partidarios de la candidatura Aosta ha publicado cierto colega.

Estos veintiseis periódicos eran todos italianos.

En España los periódicos aostainos no han llegado á seis.

¡Nada de comentarios!



El edificio donde estuvo el Monte de Piedad en Sevilla se reedifica para colegio de jesuitas.

Ya se acercan los buenos tiempos.

Jesuitas por allá.

Rey por acá...

¡Reconozco la España de mis mayores!



He visto *La muerte civil*. El arreglo de la obra es tan largo, que ganaría mucho con que lo redujesen á la mitad.

La ejecución mediana: el Sr. Vico hizo bastante bien su papel de imitador de Salvini. Tuvo momentos felices; pero no es eso.

No señor; no es eso.

En resumen: de un drama malo, pero de grandísimo interés, se ha hecho un drama de una monotonía insoportable.

¿Por qué no dejarlo como estaba en italiano? ¡Qué manía la de querer arreglarlo todo á la estrecha moral de cierto público!



Reyes nacen, reyes mueren;
reyes vienen, reyes van.
Los pueblos no van ni vienen
y no se mueren jamás.



—¿Creerá Vd. que en Cuba hay negros que echan de ménos la esclavitud?

—¿Y creerá Vd. que yo los disculpo?

—¡Vd!!!

—Sí; pero no he votado la monarquía.



En la presidencia de las Cortes siguen recibiendo despachos de adhesiones oficiales á la candidatura del gobierno, y otros de las tertulias progresistas de varios pueblos.

El procedimiento es viejo, eso sí, pero en cambio es malo.

No puede pedirse más á los defensores de ese monarca.



Sé lo que los pueblos hacen
si el rey no les tiene afecto;
Pero ¿qué diablo hará un rey
cuando no le quiera el pueblo?



¿Con que la union liberal
hoy tiene sesion tambien?
¡Me gusta, cuerpo de tal!
Ella podrá hacerlo mal,
pero lo ha pensado bien.



Asegurábase anteayer que un telégrama de Berlin habia entristecido al gobierno.

A perro flaco...



Segun *La Correspondencia*, el domingo comieron con D. Nicolás Maria Rivero, D. Segismundo Moret, Echegaray y algunos otros amigos.

—Bien, ¿y qué?



Los alemanes se han posesionado ya de la Alsacia y la Lorena, estableciendo oficinas públicas y administrativas.

Entre esto y robar en cuadrilla no hay otra diferencia que el nombre de la cosa.

Este método primitivo de tomar posesion de un par de provincias, casi, casi podria servir para formular un capítulo de cargos contra los federales de Andalucía.

Esos—que segun los monárquicos, admiradores del rey de Prusia—se repartian bonitamente los terrenos.

Si saldremos ahora con que el buen Guillermo de Prusia es un federal como una loma.



Tambien ha publicado su protesta
Cándido Nocedal,
y habla de *religion*, y *trono* y *patria*;
no me parece mal.



Dice *La Iberia*:
«España é Italia, Italia y España (*de dos modos lo sé decir*) hoy se aproximan más que nunca.» ¿Con que se aproximan? Mire Vd. qué demonio; pues ojo con esas aproximaciones.

Y continúa:
«Así lo quieren sus destinos...» Si, me parece á mí que, en efecto, todo es cuestion de destinos.

«Una corona es el lazo de union de ambas hermanas.» Vamos, que la imágen no puede ser más poética. Dos hermanas que se aproximan más que nunca y una corona que sirve de lazo, convencen á cualquiera de que el duque de Aosta es el rey que necesitamos.

Digo, me parece á mí que esto no tiene vuelta de hoja.



Ahora se descuelga el amigo Nocedal con una exposicion á las Cortes protestando contra la ocupacion de los Estados Pontificios.

Así me gustan á mí los hombres, razonables, y sobre todo, oportunos.

CHOCOLATES DE MADRID.

COMPANÍA COLONIAL.

FÁBRICA MODELO FUNDADA EN 1854.

ONCE MEDALLAS DE PREMIO.

CAFÉS Y TÉS SUPERIORES

Depósito general, Mayor, 18 y 20.

ACEITE DE BELLOTAS

CON SÁVIA DE COCO ECUATORIAL,
privilegiado, clarificado y notablemente perfeccionado.



Único descubrimiento eficaz é inofensivo, que hace salir el pelo en calvas recientes ó crónicas; contiene su caída, robustece el enfermizo, lo desenreda, lustra oculta y precave las canas, extingue los granos y afecciones cutáneas, limpia la cabeza de caspa, de insectos, de costras, comezon y erupciones; es admirable para las paridas, niños, bañistas y enfermos; está recomendado por más de 500 periódicos de las cinco partes del mundo. Médicos alópatas, homeópatas y farmacéuticos lo recomiendan como el primer cosmético medicinal de la tierra. Se vende á 6, 12 y 18 rs. frasco; mi nombre en la etiqueta, cápsula y vidrio, para evitar el falsificado. Tres Cruces, 1. principal. El inventor, L. de Brea y Moreno, proveedor de todo el Atlas.

NOTA. Tenemos 1.500 puntos de venta en las principales farmacias, droguerías y perfumerías del orbe.

MADRID: 1870.

IMPRESA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.